

**Formación ciudadana para una sociedad incluyente: aportes de la ética de religación
de Edgar Morin,**

**Por: Juan Martín López Calva
(juanmartin.lopez@upaep.mx)**

PALABRAS CLAVE:

- 1.-Ética
- 2.-Formación ciudadana
- 3.-Inclusión
- 4.-Exclusión
- 5.-Religación

RESÚMEN:

La educación puede convertirse en un factor de resistencia frente al sistema mundializado que ha privilegiado el interés económico basado en la ciencia y la técnica sobre el proyecto de humanización de la humanidad, construyendo mecanismos de convivencia social generadores de exclusión.

La profunda crisis social que hoy se vive en México y en el mundo está mostrando la necesidad urgente de un cambio hacia la construcción de sociedades democráticas que tengan como característica fundamental la inclusión de todos los seres humanos, la aplicación del principio ético primero formulado por Antelme y citado por Morin: “No suprimir a nadie de la humanidad”.

Para lograrlo se requiere de un sólido y sistemático trabajo de formación ciudadana que se convierta en un elemento transversal presente en todas las asignaturas del currículo de la escuela y la universidad.

La ética de religación formulada por Edgar Morin como parte de la ética planetaria que se requiere hoy para regenerar el sistema mundo constituye un aporte teórico muy pertinente para construir la formación ciudadana que hoy necesita el sistema educativo para contribuir a la transformación social.

En la presente ponencia de carácter teórico-filosófico se presentan los elementos básicos de la propuesta de ética de religación de Morin y se concluye con algunas líneas que deberían constituir el fundamento de una formación ciudadana que contribuya a la construcción de una sociedad incluyente.

1.-Introducción: crisis de fundamentos éticos.

*“El axioma de Robert Antelme: “No suprimir a nadie de la humanidad”,
es un principio ético primero...”
(Morin, 2006:115)*

Nos encontramos ahora mismo en una profunda crisis de fundamentos éticos y padeciendo la fragmentación, la lejanía de la realidad social respecto del individuo, el crecimiento excesivo del egocentrismo con el consecuente deterioro del altruismo, la desarticulación entre el individuo, la sociedad y la especie, en síntesis, un proceso que lleva a lo que Cortina llama el crecimiento de “sociedades desmoralizadas” que van desarrollando un círculo vicioso que tiene como ejes el anonimato, la influencia de los medios de comunicación masiva como medios de control y la supervaloración del dinero como elemento central de aspiración para los individuos y de articulación social.

Este proceso genera y es generado por un hiperdesenvolvimiento del individualismo que “conduce al nihilismo que produce sufrimiento” (Morin, 2006; p. 28) puesto que deja al sujeto humano individual y a la sociedad entera, totalmente en el vacío que genera la falta de sentido y la imposibilidad siquiera de intentar una búsqueda del mismo. De la misma forma, el hiperdesenvolvimiento del individualismo genera a nivel colectivo sociedades excluyentes, que no solamente no buscan el bienestar del otro sino que lo dejan fuera de toda posibilidad de realización. Es así que la buena vida humana, objeto de toda búsqueda ética se convierte en una entelequia o una utopía rebasada .

Dado que la ética está basada fundamentalmente en el proceso de religación humana, la crisis actual de fundamentos puede sintetizarse como una crisis de religación. Crisis de religación entre el individuo y otros individuos, entre el individuo y la sociedad, entre el individuo y la especie humana, crisis de religación también, en lo profundo de cada sujeto individual, del ser humano consigo mismo y con toda posibilidad de búsqueda de trascendencia.

La educación puede y debe responder a esta crisis profunda de la humanidad transformándose en un espacio de resistencia ante la exclusión y el desprecio hacia el otro que está produciendo el sistema dominante que privilegia el interés económico y la búsqueda obsesiva del lucro por encima de la urgente humanización de la humanidad que salve a la especie de una catástrofe que se ve cada vez más probable.

Para ello resulta indispensable que el sistema educativo vuelva a poner entre sus prioridades la dimensión ética, estableciendo las condiciones estructurales para que las nuevas generaciones se formen considerando como básico el principio ético fundamental formulado por Antelme: “No suprimir a nadie de la humanidad”.

Para lograr enfrentar este reto se requiere de un trabajo sólido y sistemático de formación ciudadana en todos los niveles educativos, una formación ciudadana que se plantee como un eje transversal que cruce todas las asignaturas del currículo y oriente los procesos de formación en las distintas áreas y niveles hacia la construcción de una conciencia ciudadana incluyente y con visión local, nacional y global.

La ética de religación propuesta por el pensador francés Edgar Morin (1921-) como parte de una ética planetaria (Morin, 2001) que necesita hoy la humanidad para regenerar al sistema mundo y superar la edad de hierro planetaria en que nos encontramos, constituye un aporte teórico muy pertinente para poder construir esta formación ciudadana acorde a los desafíos del cambio de época que vive el mundo.

2.-La ética de religación como respuesta posible.

*“Fuerzas de separación, dispersión y aniquilación
continúa se desencadenan. Pero, casi simultáneamente,
en la agitación inicial surgirán las fuerzas de religación”.*
(Morin, 2006; p. 31)

La crisis ha hecho que las fuerzas de dispersión y aniquilación se desencadenen, pero simultáneamente dice Morin, también en estos tiempos críticos se produce el resurgimiento de nuevas fuerzas de religación. Es necesario reconocer estas nuevas fuerzas de religación para emprender la búsqueda de una regeneración de la ética desde sus fuentes de solidaridad-colaboración que es una búsqueda para restaurar la religación entre individuo-sociedad-especie en el mundo humano.

Esta búsqueda requiere del esfuerzo de todos los individuos, pues aunque la ética es el resultado de las condiciones sociales y culturales que se generan colectivamente, la fuente fundamental de la ética sigue siendo el individuo-sujeto que es el que puede elegir sus valores y construir su propia autonomía. La ética es para todos los individuos que asumen este reto con responsabilidad, una expresión del imperativo ético básico que es un imperativo de religación: de religación con los demás, con la comunidad, con la sociedad, de religación con los ancestros (vía la herencia genética y cultural) y de religación, en última instancia, con el cosmos.

“Existe una necesidad vital, social y ética de amistad, de afecto y de amor para que los seres humanos se realicen. El amor es la experiencia fundamental de religación de dos seres humanos”.

(Morin, 2006; p. 37)

Este esfuerzo requiere necesariamente de amistad, afecto y amor entre los seres humanos. Estas tres fuerzas son vitales para la realización humana, para lograr encaminarse a la búsqueda de una buena vida humana, de una vida ética que consiste en asumir la parte prosaica de la existencia pero al mismo tiempo en construir y disfrutar la parte poética de la vida. Por ello la solidaridad, la amistad y el amor son el cimiento de la complejidad humana, por eso el amor es la experiencia fundamental de religación, no solamente entre dos seres humanos particulares, sino a nivel general entre los seres humanos, la sociedad y la especie. Por eso, afirma Morin: “conectarse en amor significa conectarse en religación cósmica” (2006; p. 37).

Si bien la crisis de fundamentos éticos es un momento especialmente difícil que hay que enfrentar con estas estrategias y sustentados en estos cimientos, este rejuego dialógico entre la desintegración y la integración es un proceso permanente, constituye la “paradoja inconcebible” en la que se desenvuelve la historia de la humanidad. “Todo lo que está ligado está separado; todo lo que está separado está ligado. Eros está en Diabolus y Diabolus está en Eros...” (Morin, 2006; pp. 37-38)

Para Morin (2006) el primer fundamento de la ética está sustentado en la experiencia existencial común que se manifiesta como necesidad de religación en tensión con la tendencia a la separación. Todo ser humano vive una exigencia moral interior sentida, experimentada, que constituye un imperativo del espíritu del individuo-sujeto, que se mueve internamente como una obligación moral. Esta experiencia es interior al individuo, pero proviene tanto de una fuente interna –el espíritu humano-, como de una fuente externa –la cultura en la que se nace y vive- y de una fuente anterior –la herencia recibida genéticamente-; como dice Morin (2006), estas tres fuentes están ligadas entre sí y conforman el dinamismo ético humano. Es imposible aislar estas tres fuentes, aunque se pueden y deben distinguir para fines de análisis.

Por otra parte pero de manera análoga a la dialógica religación-separación, en la ética moriniana, la libertad real, la libertad humana que es limitada, se ejerce, crece y se desarrolla o decrece y se atrofia en el rejuego dialógico entre egoísmo y altruismo que es

propio del sujeto viviente y también, de una manera consciente y más compleja, del sujeto humano. No hay entonces posibilidad de ética sin egoísmo y no hay tampoco posibilidad de ética sin altruismo, sin apertura del sujeto que se reconoce y se autovalora hacia los demás sujetos a quienes reconoce como alter ego –otro yo-.

Para Morin todo acto moral es un acto de religación: con otro al que se reconoce como semejante, con una comunidad cercana, con una sociedad y con la especie humana como tal, y podríamos decir que esta religación con lo exterior nace –por este rejuego entre altruismo y egoísmo- de una religación inicial profunda del sujeto con su propio ser.

Todo lo que contribuye a esta religación es lo que sería éticamente deseable, lo bueno, lo que constituye una “buena vida humana” y todo lo que destruye esta religación, todo lo que separa es lo no ético, lo malo, lo que desvía el curso de la existencia de lo que sería una buena vida humana.

En la vida ética la contradicción parece ser estructural –lo mismo que el carácter moral del ser humano- dado que sus fuentes originantes se presentan la mayor parte del tiempo como manifestaciones del antagonismo entre los intereses del individuo y los de la sociedad, entre el bien individual y el bien colectivo, entre la noción de bien que se hereda en la tradición cultural y la idea de bien que desarrollan las nuevas generaciones, etc. La imposibilidad de construir el bien colectivo mediante la simple suma de los bienes de cada individuo y la felicidad de toda la sociedad como mera adición del conjunto de las felicidades de cada sujeto, es otra fuente de contradicción que genera frecuentemente, grandes problemas éticos.

Se requiere entonces conciliar la vivencia del deber egocéntrico por el cual cada individuo humano debe situarse como “centro de referencia y de preferencia”, con la vivencia del deber “genocéntrico” por el cual “los nuestros –progenitores, prole, familia, clan- constituyen el centro de referencia y de preferencia”, con la vivencia adicional del “deber sociocéntrico” que requiere que la colectividad se imponga como el “centro de referencia y preferencia” y finalmente, con la vivencia del “deber antropocéntrico” que nos hace experimentar la exigencia interior que sitúa a la especie humana como “el centro de referencia y de preferencia” por encima del individuo, de su familia, de su clan, de su sociedad. Como afirma Morin: “...Esos deberes son complementarios, pero cuando surgen al mismo tiempo, se tornan antagonicos”. (op. cit.; p. 49).

De esta manera el desafío de una formación ética consiste en aprender a vivir en la tensión y a buscar el equilibrio entre la procuración del propio bien y el compromiso de buscar el bien general, el bien de los demás que son finalmente distintos pero al mismo tiempo iguales a nosotros como individuos-sociedad-especie que comparten la existencia.

Alteridad y similitud son dos fuerzas estructurales antagónicas que definen la relación entre los sujetos humanos (Morin, 2006). Por un lado el sujeto percibe al otro como un alter ego, otro igual a él y esto despierta sentimientos y construcciones electivas sustentadas en la fraternidad, el reconocimiento, la amistad, el amor y la solidaridad. El resultado es la comunidad entendida como ese “nosotros libremente construido” según lo formularía otro autor convergente a la visión ética moriniana (Lonergan, 1999), a partir de “yos” y “tus” que se comprometen unos con otros en una aventura común. Por otra parte el sujeto percibe al otro como distinto, extraño y esto despierta sentimientos y construcciones electivas fundadas en la desconfianza, la autodefensa frente a la amenaza externa, la exclusión e incluso la agresión o el desprecio.

Esta tensión permanente en las relaciones humanas individuales y grupales o culturales es fruto del “doble dispositivo lógico, egocéntrico uno, altruista el otro; el rechazo del prójimo fuera de la identidad común produce el cierre egocéntrico y es producido por este, la inclusión del prójimo en un nosotros a la vez produce la apertura altruista y es producida por esta” señala Morin (2006:113-114). Se trata de la dinámica compleja a la que Lonergan (1999) llama “dialéctica de la comunidad”.

“Cada cual (individuo o grupo) vive para sí y para el otro de forma dialógica, es decir, a la vez complementaria y antagonista...” de manera que “...ser sujeto es conjugar el egoísmo y el altruismo” afirma el mismo Morin (2006:23).

La ética planetaria es entonces una ética de religación para contribuir al “quinto nacimiento” de la especie: el nacimiento de la humanidad a partir de la especie homo sapiens que nos haría dejar atrás la “edad de hierro planetaria...la prehistoria del espíritu humano...civilizaría la tierra y vería el nacimiento de la sociedad-mundo...” (Morin, 2006-2:124).

3.-El desafío educativo desde una ética de religación.

“Por más que nos pese, pertenecemos a nuestro siglo”.

Augusto Comte (En Morin, 2001; p. 15)

Por más que nos pese, pertenecemos a nuestro siglo y por más que pueda desagradarnos, pertenecemos también a nuestra sociedad. Nuestro tiempo y nuestra sociedad nos marcan de una manera indeleble aunque no determinen de manera definitiva nuestro destino. Somos capaces los seres humanos de trascender el sello que nuestra sociedad nos impone, somos capaces de ir más allá de la visión miope de nuestro grupo social, de nuestro entorno inmediato, de las normas y leyes que rigen la vida de la colectividad en la que nacemos y nos desarrollamos, pero esta trascendencia o esta mirada por encima de, este “punto de vista superior” será siempre hecho desde lo que vamos siendo como sujetos nacidos en ese siglo y en esa sociedad.

La educación –entendida en su sentido amplio- es el mediador fundamental entre nuestro siglo, nuestra sociedad y nuestra vida como individuos. La educación formal, escolarizada o institucionalizada sigue siendo una de las mediaciones más poderosas –junto con los medios de comunicación y las tecnologías de información- entre esta visión social y los sujetos que constituyen la colectividad.

Podemos asumir que existe una relación dialógica y recursiva entre la visión social –entendida en la manera compleja que ya explicitamos- y la educación. Es una relación dialógica puesto que no se trata de una lógica causa-efecto lineal sino que ambos elementos están unidos circularmente y se influyen mutuamente. Es una relación recursiva puesto que cada uno de los términos resulta ser causa y efecto respecto al término con el que está vinculado en esta relación. De esta manera podemos decir que la educación genera una visión social que va a transformar la praxis e incluso las teorías sociales, pero que al mismo tiempo, la praxis social y las teorías sociales en ciclo, inciden en la educación de manera que la generan y la transforman continuamente.

De esta manera, nos encontramos en la era de crisis de fundamentos éticos que se manifiesta en una sociedad profundamente excluyente y fragmentada, una sociedad que suprime a muchos seres humanos de la humanidad, contradiciendo el principio ético básico planteado por Antelme.

Estamos en una sociedad en la que cada vez se abre más la distancia y la incomunicación entre los distintos sectores sociales, una sociedad marcada profundamente por la desigualdad –de recursos, de oportunidades, de capacidades- en la que existe una inversión de la pirámide de ingresos respecto a la pirámide poblacional. De esta manera, el

mundo vive dentro de lo que Gorostiaga (2000) llamaba “la civilización de la copa de champagne” en la que el 83% del ingreso de la humanidad está repartido entre un 20% de la población, mientras que el 60% de la población sobrevive con menos del 6% del ingreso. Estas características de la sociedad se reflejan en una educación también desigual en sus recursos y en su calidad que como afirmaba el mismo autor “sigue siendo parte del problema y no parte de la solución” porque contribuye a preservar y aún a aumentar la desigualdad y la fragmentación al formar con muchos recursos y altísima calidad de conocimientos a las minorías privilegiadas de la sociedad y brindar una educación de muy pobre calidad –o aún dejar totalmente excluida de la posibilidad de educarse- a la población de escasos recursos. De esta manera el saber es también producto elitista que se acumula en pocas manos y la imagen de la “copa de champagne” puede representar igualmente la gráfica de la población mundial frente al acceso y el nivel de educación.

Esta sociedad excluyente y desigual es una sociedad individualista, centrada en el consumo y en el mercado, una sociedad con graves y crecientes problemas de violencia e inseguridad, una sociedad en conflicto permanente por el creciente número de gente que reclama el acceso a las oportunidades mínimas para una vida digna. La educación está fuertemente marcada por estos rasgos sociales. Nuestros sistemas educativos en el mundo están cada vez más concentrados en brindar una educación altamente competitiva, que fomenta la competencia entre los educandos y no la colaboración, que se realiza con visión individualista y genera egresados con la misma visión individualista; una educación que se maneja casi exclusivamente con criterios de mercado, que se “vende” como si fuese un producto y que se concibe y organiza de acuerdo a criterios de eficiencia y mercadotecnia más que con criterios pedagógicos, éticos y de equidad social. Esta educación forma para el consumo, educa a futuros –y presentes- consumidores. Nos encontramos con educadores y educandos que se forman en una visión que privilegia el “valor agregado comercial” que tendrá un tipo de conocimientos sobre otro, sin importar la pertinencia social o humana.

Es en este contexto que se plantea de manera urgente la necesidad de una formación ciudadana basada en una ética de religación que permita apuntar hacia la construcción de sujetos comprometidos con el bien general en equilibrio con el bien personal, no como el planteamiento de intelectuales bien intencionados y humanistas sino como la única

estrategia posible para construir un metasistema que pueda “salvar a la humanidad, realizándola” como plantea Morin (2003).

4.-La formación de ciudadanía para una sociedad incluyente

“La misión de la educación para la era planetaria es fortalecer las condiciones de posibilidad de la emergencia de una sociedad-mundo compuesta por ciudadanos protagonistas, consciente y críticamente comprometidos en la construcción de una civilización planetaria”.

(Morin, 2006-2:122).

La educación puede convertirse en un factor de resistencia frente a este sistema mundializado que ha privilegiado el interés económico basado en la ciencia y la técnica sobre el proyecto de humanización de la humanidad y ha organizado la producción y distribución de bienes y servicios de manera que se mantenga y aún se amplíe la brecha entre los que tienen todo y los que carecen de lo indispensable –desigualdad estructural- generando el empobrecimiento de muchos millones de personas –pobreza estructural- con la consecuente degradación del proceso de continuidad de la hominización en humanización.

Para lograrlo deberá asumir como base de toda su organización sistémica, de sus planteamientos curriculares, de su formación docente y de sus prácticas de enseñanza-aprendizaje y gestión, el principio ético primero que plantea Morin desde Antelme: “No suprimir a nadie de la humanidad”, no negar a nadie su condición de ser que vive para vivir y no solamente para sobrevivir.

Lo anterior implica generar un sistema educativo transformado que pueda dinamizar en todos sus actores y procesos una auténtica inclusión que reconozca al otro como igual asumiendo las diferencias pero privilegiando la religación.

Esta reforma vista como conservadora-revolucionante tiene que construirse pensando en la transformación de al menos tres niveles fundamentales del sistema educativo.

El primer nivel de construcción de la reforma educativa es el del escenario fundamental de la formación de las nuevas generaciones de sujetos humanos: el aula. La construcción de procesos de enseñanza-aprendizaje que “enseñen la comprensión” y “la condición humana” para la construcción de una “ética del género humano” (Morin, 2001)

resulta indispensable si se quiere establecer una formación ciudadana que pueda regenerar la solidaridad y el sentido de comunidad destruidos o bloqueados por el proceso de mundialización en que hoy se vive.

Pero la formación ciudadana en las aulas será insuficiente porque si no se construye un “nuevo sistema educativo fundado en la mentalidad de religación y radicalmente distinto al actual” (Morin, 2006:189-190) no podrá realizarse esta reforma que genere una formación ciudadana desde la ética de religación. Lo anterior implica necesariamente un rediseño profundo del sistema educativo y de las instancias institucionales protagonistas de su gestión, así como de las relaciones que se establezcan entre ellas. ¿Qué tanto la normatividad y el estilo de gestión institucional del sistema educativo se basan en la inclusión y el respeto a todas las personas o promueven exclusión?

Finalmente, resulta indispensable para complementar estos dos niveles de transformación, el cambio en la cultura de lo educativo, es decir, el cambio en los significados y valores que determinan el modo concreto en que se vive la educación entre sus actores e instituciones (Lonergan, 1988). ¿Qué tipo de significados y valores rigen las formas de vivir los procesos educativos? ¿Qué tanto estos significados y valores generan exclusión e incomprensión o promueven una formación ciudadana tolerante e incluyente?

De esta transformación compleja dependerá el éxito de la reforma educativa indispensable para que podamos aspirar a una formación ciudadana eficaz que contribuya a la construcción progresiva de una educación incluyente y solidaria.

Referencias.

- Gorostiaga, X. (2000). “En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo”. En *Revista latinoamericana de estudios educativos* Voll. XXX no. 001. Primer semestre. México. Centro de Estudios Educativos.
- Lonergan, B. (1988). *Método en Teología*. Ed. sígueme. Salamanca.
- Lonergan, B. (1999). *Insight. Estudio sobre la comprensión humana*. Ed. Sígueme-Universidad Iberoamericana. Salamanca.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Ed. Nueva visión. Buenos Aires.
- Morin, E. (2003). *El Método V. La humanidad de la humanidad. La identidad humana*. Ediciones Cátedra. Madrid.
- Morin, E. (2006). *El método VI. Ética*. Madrid. Ediciones Cátedra.
- Morin, E., E. Roger y R. Motta. (2006-2). *Educación en la era planetaria*. Ed. GEDISA. Barcelona. Primera reimpresión.